



Erasmo Zarzuela

Quedamos pues, en que el místico, como el enamorado, logra su anormal estado «fijando» la atención en un objeto, cuyo papel no es otro, por el momento, que retraer esa atención de todo lo demás y hacer posible el vacío de la mente. Porque no es la «morada» más recóndita, ni la altura mayor de la vía extática, aquella en que el místico desatendiendo toda otra cosa mira sólo a Dios. Ese Dios a quien cabe mirar no es verdaderamente Dios. El Dios que tiene límites y figura, el Dios que es pensado mediante éste o el otro atributo; en suma, el Dios capaz de ser un objeto para la atención, se parece, como tal, demasiado a las cosas del intramundo para ser el auténtico Dios.

José Ortega y Gasset en: *Estudios sobre el amor.*



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g.
edwin guzmán o.
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel llanes
casilla 448 telfs. 54855 - 76816
e-mail: oruende@latinmail.com



Zona Franca Oruro S. A

El descubrimiento del alcohol.

Durante nuestros paseos, Baldy me había hablado de su padre. Había sido doctor, un cirujano de éxito, pero le habían quitado su licencia por borracho. Un día lo conocí. Estaba sentado en una silla debajo de un árbol, sin hacer nada.

- Papá - dijo Baldy, éste es Henry.

- Hola, Henry.

Me recordó la primera vez que había visto a mi abuelo, de pie en los escalones de su casa. Sólo que el padre de Baldy tenía el pelo y la barba negros, pero sus ojos eran iguales, brillantes y luminosos, tan extraños. Y aquí estaba Baldy, el hijo, que no brillaba lo más mínimo.

- Ven - dijo Baldy -, sígueme.

Bajamos al sótano de la casa. Estaba oscuro y húmedo y pasó un rato hasta que nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad. Entonces pude ver algunos barriles.

- Estos barriles están llenos de diferentes clases de vino - dijo Baldy -. Cada barril tiene un grifo. ¿Quieres probar un poco?

- No.

- Venga, toma un trago

- ¿Por qué?

- ¿Es que no eres hombre o qué?

- Soy un chico duro.

- Entonces toma un jodido trago.

Allí estaba el pequeño Baldy desafiándome. No había problema. Me acerqué a un barril y puse debajo la cabeza.

- ¡Abre el maldito grifo! ¡Y abre la boca!

- ¿No habrá arañas por aquí?

- ¡Venga! ¡Hazlo, maldita sea!

Puse mi boca debajo del grifo y lo abrí. Un líquido oloroso salió y cayó en mi boca. Lo escupí.

- ¡No seas gallina! ¡Trágate, qué cojones!

Abrí la boca y el grifo y me puse de nuevo en pie. Sentía ganas de vomitar.

- Ahora bebe tú - le dije a Baldy.

- Claro - dijo -. ¡Yo no tengo miedo!

Se puso bajo un barril y tomó un buen trago. Un mierdecilla como aquel no iba a ponerme en ridículo. Me puse bajo otro barril y tomé un trago. Me levanté. Estaba empezando a sentirme bien.

- Eh, Baldy - dije -, esto me gusta.

- Bueno, mierda, toma más.

Bebí un poco más. Cada vez sabía mejor. Cada vez me sentía mejor.

- Esto es de tu padre, Baldy. No nos lo deberíamos beber todo.

- No le importa. Ha dejado de beber.

Nunca me había sentido tan bien. Era mejor que masturbarse.

Fui de barril en barril. Era mágico ¿Por qué nadie me había hablado de esto? Con ello, la vida era grandiosa, el hombre era perfecto, nada podía afectarle.

Me erguí y miré a Baldy.

- ¿Dónde está tu madre? ¡Voy a follarme a tu madre!

- ¡Como te acerques a mi madre te mato, hijo de puta!

- Sabes que te puedo machacar, Baldy.

- Sí.

- Está bien, dejaré en paz a tu madre.

- Vámonos entonces Henry.

- Un traguito más...

Me acerqué a un barril y me pegué uno largo. Luego subimos. Por la escalera del sótano. Cuando salimos, el padre de Baldy seguía sentado en su silla.

Habéis estado en la bodega, ¿eh chicos?

Si - dijo Baldy.

Empezáis un poco pronto ¿no?

No contestamos. Fuimos hasta el boulevard y entramos en un almacén que vendía chicle. Compramos varios paquetes y nos los metimos a la boca. A él le preocupaba que su madre lo descubriera. A mí no me preocupaba nada. Nos sentamos en un banco del parque mascando chicle, y yo pensé, bueno, ahora sí he encontrado algo, algo que me va a ayudar en los días venideros. La hierba del parque parecía más verde, los bancos del parque tenían mejor aspecto y las flores lucían más. Quizás aquella bebida no fuera buena para los cirujanos, pero el que alguien quisiera ser cirujano ya indicaba que no estaba bien desde el principio.

La senda del perdedor.
Charles Bukowski